

El nadador

Por Raquel Olea

De las novelas publicadas este año, «El nadador», de Gonzalo Contreras (Ed. Alfaguara), ha sido una de las esperadas con mayores expectativas, tanto en el ambiente de la crítica, del mercado, como en el público lector.

«La ciudad anterior» (1991), su primera novela, había permitido pensar que entre los integrantes del producido 'mini-boom de la narrativa chilena', Contreras era la promesa. *El Mercurio* apostó por él, no sólo premiando la novela en su concurso anual, sino utilizando todo su aparato publicitario para instalar su nombre. En este contexto las condiciones de recepción escenificadas para «El nadador» han sido óptimas, pero también en ellas Contreras se juega la confirmación de su nombre en la literatura actual. La situación, obviamente es más compleja que alcanzar mayores índices de ventas que otros textos ya constituidos en éxitos de mercado.

Si bien «El nadador» no ha sido elogiado con entusiasmo desmedido, la tendencia de la crítica -aunque menguada- es a confirmar la apuesta generacional por su autor.

Entre los modos de escribir novelas, Contreras elabora una propuesta que ha elegido construir un mundo ficticio en el que sus posibles sentidos surgen de los modos de representación de lo real, haciéndose cargo de técnicas y recursos legitimados en la estructuración narrativa y que él maneja con conocimiento y habilidades. Sus maestros y lecturas -James, Salinger, Faulkner, entre otros- anteceden una línea narrativa que el autor explora y depura.

«El nadador» construye el relato del mundo afectivo del físico y académico Max Borda, cuyo hobby, residuo de sus ambiciones de campeón, es la natación. Los vapores de agua que envuelven al protagonista en la piscina son la metáfora de sus dudas y soportes emocionales en medio de una vida ligada a escenas del pasado, que no le permiten despejar su presente. «El nadador» se propone como una novela que abarca la complejidad de los espacios síquicos en los que se juegan las contradicciones que movilizan la afectividad.

Max, casado hace años con Alejandra -mujer débil con una patología síquica que la ata a permanentes tratamientos médicos- no puede sentirse libre, «no puedo dejarla y aun si pudiera no lo haría, no tengo ningún motivo». Sin embargo, vive atrapado en la remembranza de otros amores. Entre muchas mujeres cultas, bellas, viajadas, asoladas por la sucesividad de (dis)continuas experiencias, Virginia, hermana de Alejandra, constituye una persistencia obsesiva.

La marginalidad amorosa de Virginia se rompe con lo insólito: la desaparición de la esposa.

Ese acontecimiento que posibilita el diferido amor entre Max y su cuñada, construye un clima que tensiona la trama de un relato policial a la construcción de una atmósfera narrativa más ligada a una escritura y un lenguaje de indagación en los laberintos síquicos que buscan resolver la complejidad de los sentimientos, culpas e impulsos que cercan los cruces entre la pasión, el amor, los afectos.

Contreras resuelve esta tensión, articulando ambos niveles de mundo en un espacio narrativo que se logra por la construcción de un narrador impersonal, distanciado, cuyo punto de vista acerca de lo que relata y de los personajes crea una atmósfera de complacida decadencia, en el que el curso de los acontecimientos no altera el (des)orden del mundo, ni en lo profundo ni en su superficie.

En ese contexto narrativo, la resolución del hilo policial produce casi una frustración en el lector. Hubiera sido más sugerente no saber del destino mediocre de Alejandra. Imaginarla al fin loca de veras, o al menos «perdida» para siempre. Su aparición, necesaria como solución de cierre estructural, intenta restituir el orden al mundo. Orden inútil a la producción de sentidos de una novela que ha intentado escenificar lo inadmisibles de las emociones.

Los hechos se han desarrollado en un escenario poco identificable. Una ciudad en tránsito, muestra en partes su nueva arquitectura, sus demoliciones y ruinas que remiten a un Santiago que en el desborde neoliberal no logra articular su identidad histórica a sus pretensiones metropolitanas.

En analogía con los personajes que pueblan el relato se crea una representación urbana y de relaciones humanas construidas de fragmentos inconexos y de formas de (in)comunicación que se yerguen sobre residuos y ruinas sin grandeza.